

La cruz: La solución al problema del pecado

Gene Cloer

«En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios» (Colosenses 2.11–19).

Cristo es el todo y lo es en todo. Por medio de la cruz llegó a ser la solución a nuestras necesidades. La cruz es el evento central de toda la historia de la humanidad. En Colosenses 2.11–19, la cruz es el fundamento de todo lo que se dice. En la cruz tenemos el perdón de nuestros pecados. En la cruz, la ley antiguotestamentaria se volvió innecesaria. Es en la cruz que podemos poner nuestra confianza total.

¿Quién es este Jesús? Él es la plenitud de Dios en forma corporal (2.9). Es aquel en quien estamos completos (2.10).

La Biblia a menudo habla de forma general, es decir, a toda la humanidad. Cuando así habla, tendemos a perdernos en lo que se dice. Aplicamos fácilmente el mensaje a otro. Sin embargo, la Biblia también habla de forma personal. En el texto

de esta lección, después de aseverar los atributos generales de Jesús, Pablo habla a los colosenses personalmente.

En estos versículos se presentan tres grandes ideas; una explicación de la circuncisión que es en Cristo, el haber sido quitada el acta de los decretos que había contra nosotros y una seria advertencia acerca de permitir que otros nos descalifiquen.

UNA ILUSTRACIÓN (2.11–13)

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo (2.11).

La circuncisión en el Antiguo Testamento se aplicaba solo a los varones. Consistía en cortar el prepucio del órgano sexual, y llegó a ser señal de que eran el pueblo escogido de Dios. En este texto, se hace uso figurado del concepto de la circuncisión. Es figura de la separación del cuerpo de los pecados de la carne. No es hecha por hombres; es una circuncisión «no hecha a mano». Es hecha por Cristo, por medio de la cruz.

Aunque el bautismo no corresponde totalmente a la circuncisión, puede hacerse una comparación. Pablo insinuó que una acción, figura de la circuncisión, tiene lugar en el bautismo, a saber: «... sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos» (2.12). El bautismo es el momento cuando el poder de Dios se realiza. Somos resucitados con Él. Somos resucitados por la fe en la obra de Dios, no por la fe en la fuerza del que realiza el bautismo. ¡Mi salvación no depende de ningún hombre! ¡Depende del Señor! Algo sucede en el bautismo, algo hecho por Dios, algo llevado a cabo solamente por fe. Si Dios puede resucitar a Jesús de los muertos, Él puede revivirme a mí. A pesar de que una vez estuve muerto en pecados, Dios puede traerme a

la vida de nuevo.

Es una muerte la que ocurre, por lo tanto, una sepultura. Una resurrección también tiene lugar. En el bautismo, un cuerpo muerto, esto, es, muerto por causa del pecado, es revivido con Cristo por Dios.

La circuncisión ha sido usada de modo figurado anteriormente en las Escrituras.

Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz (Deuteronomio 10.16).

Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas (Deuteronomio 30.6).

... porque todas las naciones son incircuncisas, y toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón (Jeremías 9.26b).

Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios (Romanos 2.28–29).

La acción de hacer morir al viejo hombre pecador, sepultándolo en el bautismo con fe en Dios que resucita a la persona a vida nueva, es ilustrada con la circuncisión antiguotestamentaria.

UNA AFIRMACIÓN (2.14–17)

.... anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz (2.14–15).

Observe algunos de los términos usados en este pasaje, donde dice: «anulando»; «quitándola de en medio»; «clavándola en la cruz». Obviamente, algo fue quitado y dejó de ser vinculante. La pregunta es «¿Qué fue?». Fue «... el acta de los decretos que había contra nosotros...». Esta consistía en todo lo que se nos opusiera a ser y a vivir justificados delante de Dios.

Jesús, por medio de la cruz, venció a «... los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz». Creyeron que habían ganado. ¡Ni se daban cuenta! ¡Qué grande fue la victoria de Jesús!

Pablo dijo: «Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo» (2.16). Ya usted no

está bajo restricción en cuanto a lo que come o bebe. Las regulaciones antiguotestamentarias eran estrictas con respecto a esas cosas. Ya no estamos bajo especificaciones o restricciones con respecto a días festivos. No permita que nadie lo juzgue con respecto a estas restricciones antiguotestamentarias. Aun el día de reposo debería dejar de ser un tema de disensión. Era parte de la ley antiguotestamentaria. Nunca fue impuesto sobre ningún pueblo excepto el judío. Solo había de durar cierto período de tiempo (Gálatas 3.19).

Las comidas y bebidas, los días festivos, las lunas nuevas, los días de reposo, son solo sombra del cristianismo.

... todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo (2.17).

...los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales... (Hebreos 8.5).

Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan (Hebreos 10.1).

El Antiguo Testamento, en su totalidad, fue dado únicamente a un pueblo específico, los judíos, y únicamente por un tiempo específico, así dice: «... hasta que viniese la simiente...» (Gálatas 3.19). ¡Y la simiente era Cristo! (Gálatas 3.16).

¡No permita que otros lo pongan bajo la ley antiguotestamentaria! Era solo una sombra de lo real, Jesucristo. Jesús recalcó que todo sería quitado de en medio, diciendo:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido (Mateo 5.17–18).

Si nada podía «pasar» hasta que «todo se [hubiera] cumplido», y si de conformidad con Pablo, «estamos libres de la ley» (Romanos 7.6), entonces ya no estamos bajo la ley.

UNA ADVERTENCIA (2.18–19)

Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios (2.18–19).

Algunos creían que cuanto más se humillaban, en cuanto más sufrían, más justos eran. Sencillamente no era cierto. La humillación voluntaria de sí mismo no necesariamente posee valor religioso. Una humildad artificial no necesariamente crea carácter. Es cierto que Jesús mandó que fuéramos humildes, sin embargo, uno puede ser humilde sin ser religioso. También puede ser partidario de una humildad falsa.

Algunos estaban excesivamente engreídos por causa de lo que creían haber visto, oído o experimentado. Pablo incluyó incluso el culto a los ángeles. En Apocalipsis, Juan cayó a los pies de un ángel para adorarlo y oyó las siguientes palabras: «Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía» (Apocalipsis 19.10). Juan intentó adorar a un ángel, pero fue reprendido por hacerlo. Pablo lo aseveró de un modo más vehemente, diciendo: «Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gálatas 1.8).

¡El evento en el cual centramos nuestra mirada es la cruz de Cristo! Perder de vista este evento equivale a perder la única esperanza de la humanidad. Es fácil permitir a los falsos maestros o a las ideas falsas alejarnos de la verdad. Podemos ser engañados y perder así nuestro premio.

Por favor, recuerde la relación que debe establecerse. ¡Cristo es la cabeza! Cuando uno pierde su vínculo con la cabeza, el cuerpo está muerto. No descuide usted ese vínculo.

CONCLUSIÓN

¡Qué grande es la hermosura de la cruz! Pablo analizó la circuncisión por medio de Cristo, la actividad de Dios dada a conocer por fe, que consiste en quitar aquellas cosas que estaban en contra nuestra y eran contrarias a nosotros, ¡y una advertencia en el sentido de no perder nuestro premio! La cruz de Cristo es la respuesta a nuestras necesidades. ¡No busque en otro lugar!

(Viene de la página 4)

haber estado culpando solamente a la mujer. Dijo: «La mujer que [Tú] me diste...». Si uno insiste en ello, siempre podrá culpar a otro de los problemas en que mete.

«Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho?». Ella tampoco aceptó la culpa. Culpó a la serpiente, pues dice: «Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí» (Génesis 3.1). No

le tomó mucho tiempo en su existencia al hombre aprender a desviar la culpa de su pecado.

Adán, Eva y la serpiente, los tres recibieron el castigo por sus pecados. Aunque Dios no necesariamente nos castiga de forma directa en la actualidad, siempre hay consecuencias por el pecado. Como en el caso de Adán y Eva, el pecado causa vergüenza, separación de Dios y temor, en adición a la destrucción natural a la cual lleva el pecado.

(Viene de la página 6)

diferencia entre los dos! Sin Su sacrificio, no somos nada. Pero, por medio del sacrificio de Jesús, el pecado puede ser perdonado y por la cruz podemos vivir por encima del pecado; no sin pecado, sino, por encima del pecado.

CONCLUSIÓN

Juan desea que nos demos cuenta de que el pecado es una realidad, tanto en el mundo como en nuestras vidas. Contrario a lo que los falsos maestros estaban diciéndoles a los cristianos primitivos, es posible que el cristiano peque de tal manera que al final se pierda. Necesitamos volvernos hacia nuestro «paraclete», hacia nuestro «sacrificio expiatorio», el que habla a Dios por nosotros. La única solución para el pecado es la sangre de Jesucristo. Es necesario que entremos en contacto con esa sangre para poder tener el perdón de nuestros pecados. Romanos 6.3-4 dice:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

(Viene de la página 9)

sus efectos es el mismo, sea la culpa real o falsa. La culpa falsa es la culpa por un pecado que ya ha sido perdonado. Si nos arrepentimos de nuestros pecados, Dios es fiel para perdonarnos debido al sacrificio de Cristo y a nuestra entrega a Este (1^{er} Juan 1.8-10). Debemos vivir libres en Cristo y en paz con Él.

Un predicador contó acerca de una mujer que vino a su oficina a pedir consejo. Esta le pidió que orara para que Dios le perdonara un pecado de su pasado.

—No puedo hacer eso —contestó el predicador.

—¿Por qué no va a orar por el perdón de mi pecado? —preguntó ella.

—Porque —contestó él—, usted confesó ese pecado el año pasado, y oramos juntos y le pedimos a Dios que la perdonara. No hay necesidad de que le pidamos a Dios por él ahora. Dios no sabría de qué estamos hablando.

A medida que crecemos espiritualmente, debemos tratar de entender que Dios nos perdona y olvida.

CONCLUSIÓN

La única manera de tratar adecuadamente el pecado y la culpa es la manera que David aprendió al final. Le confesó sus pecados a Dios y a los demás. Procuró restituirles a los que él había lastimado. Fue entonces que pudo recibir el perdón que Dios le dio. El dominio del pecado puede romperse, únicamente con la entrega de uno mismo.

(Viene de la página 19)

salvar el alma de alguien a menos que su espíritu decida cooperar. *Es la naturaleza de la libertad*. Por ejemplo, Jeremías dijo:

Porque el Señor no desecha para siempre; antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres (Lamentaciones 3.31–33).

Ezequiel dijo:

¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos? (Ezequiel 18.23).

Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice Jehová el Señor. Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis (Ezequiel 18.30–32).

El Señor no puede salvarnos sin nuestra cooperación, porque Él ha limitado voluntariamente Su omnipotencia. Se ha limitado a Sí mismo con el fin de compartir Su divinidad con nosotros, para que así podamos llegar a ser hijos de Dios. Sin embargo, para que alcancemos tal potencial, debemos usar la libertad que nos ha dado para imitar Su Santidad. Pedro escribió las siguientes palabras de aliento:

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro enten-

dimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo (1^{era} Pedro 1.13–16).

(Viene de la página 25)

que lo excluimos a Él de nuestros pensamientos. Pero si escogemos ese rumbo, debemos dar cuenta. Somos responsables de lo que hacemos con la luz que Dios da.

Antes de que usted diga que no hay Dios, piense seriamente en la evidencia para la existencia de Dios. Antes de vivir como si Dios no existiera y no tuviera ninguna exigencia en su vida, lea cuidadosamente Romanos 1, ya que retrata al pecador racional, una descripción de muchos que están en el mundo hoy.

(Viene de la página 28)

del mar. Es fácil visualizar a Dios quitando todos nuestros pecados, echándolos en un saco, el cual ata de forma segura y arroja en lo más profundo del océano, donde se hunde profundamente, hasta no poder ser recuperado. En ambas ilustraciones, Dios nos salva de ser destruidos por pecados de los cuales estábamos desvalidos para escapar. Es fácil visualizar la primera ilustración de un ejército que se ha empeñado en capturarnos, del mismo modo que el ejército de Faraón trató de capturar a los israelitas cuando huían de la esclavitud egipcia, sin embargo, Dios pisotea al enemigo bajo los pies. En la segunda ilustración, se puede visualizar al ejército egipcio siendo destruido en el Mar Rojo. De este modo, Dios rescata a su pueblo de los nocivos efectos del pecado.

El salmista nos da una ilustración de lo que Dios hace con nuestros pecados, diciendo: «Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Salmos 103.12). Es difícil imaginar una distancia mayor que la comprendida entre el oriente y el occidente. Dios quita nuestros pecados tan completamente, que es como si los llevara de un lugar a otro tan distante como sea posible. El perdón de Dios es absoluto. Adam Clarke hace un comentario hermoso sobre el versículo anterior, diciendo: «Como el oriente y el occidente jamás pueden encontrarse en un solo lugar, sino que están siempre a la misma distancia

el uno del otro, así nuestros pecados y el castigo promulgado contra ellos, son quitados y llevados a una distancia eterna por su misericordia».²

CONCLUSIÓN

Debido a la respuesta de un pecador al sacrificio expiatorio que llevó a cabo Cristo en la cruz, por medio de la fe y la obediencia, Dios perdona nuestros pecados. La idea de perdonar se encuentra numerosas veces en el Antiguo Testamento, y es abundante en el Nuevo. A Dios se le representa en la Biblia como un Dios de perdón. Sin embargo, en ningún momento se obliga a nadie a recibir el perdón. Es preciso que los pecadores acepten el perdón de Dios.

Durante la administración de Andrew Jackson en 1829, cuando John Marshall era el presidente de la Corte Suprema de Justicia, a George Wilson se le halló culpable de un crimen y fue sentenciado a morir. Gracias a los esfuerzos desesperados de amigos que defendieron el caso de Wilson, se promulgó un indulto o perdón absolutorio que fue enviado de urgencia a Wilson en la prisión. Sin embargo, ¡George Wilson rechazó el perdón! Después de muchas deliberaciones, la corte promulgó el siguiente decreto: «Un indulto es una escritura cuya validez de la entrega no se ha completado mientras no haya sido aceptado. Puede ser rechazado, hemos descubierto que esta corte no tiene autoridad para obligarlo a aceptar. No es de esperar que un criminal sentenciado a muerte rechace su perdón, pero si así lo hiciera, la ley sigue igual».

Dios ha promulgado un perdón para cada uno de nosotros, sin embargo, la validez de la entrega no es completa sin la aceptación. Le instamos a venir hoy con una fe sencilla y llena de confianza, arrepintiéndose de todo pecado que haya cometido, haciendo la buena confesión de su fe en Cristo y siendo bautizado para la remisión de sus pecados. De esta manera, Dios lo recibirá y perdonará sus transgresiones. Venga ahora, pues, ¿por qué perecer eternamente por haber rechazado y rehusado aceptar el perdón que Dios ya promulgó para usted?

² Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y notas analíticas)*, vol. 3: *Job to Solomon's Song (De Job a Cantar de los Cantares)* (New York: Abingdon Press, s.f.), 544.

(Viene de la página 33)

de Dios. Dios no se alejó. Dios, por medio de Cristo, estaba reconciliando al mundo; quiso que el hombre volviera a la comunión con Él. La sangre de Jesús nos permite saber que podemos acercarnos a Dios y que Este nos recibirá.

¿Ha tenido usted alguna vez un altercado con alguien o tal vez, sencillamente se interpuso una barrera entre usted y alguien más? Usted trató de acercarse para corregir la situación, sin embargo, ¿no se lo permitió? Esto ha sucedido varias veces en mi vida. Una vez me sucedió cuando ofendí a una señora. Sabía que la había ofendido, pero no lograba encontrarla en su casa. Entonces, una vez, me la encontré en la calle y comencé a disculparme. Ni siquiera logré terminar con mis palabras. Dijo: «Jamás lo perdonaré mientras viva». Muchas personas no vienen a Dios porque creen que serán rechazadas.

Aunque a veces un hermano en Cristo más débil rehúse perdonarle, usted no tiene que preocuparse por tal actitud de parte de Dios. Usted puede venir a Dios. No importa lo que usted haya hecho; no importa cuán torcida y sórdida pueda ser su vida. Él dio a Su Hijo para ser el Salvador del mundo. Si Él dio a Su hijo para morir por usted, no lo va a rechazar cuando venga a Él. Si usted sabe que ha regresado a Dios por medio de sus condiciones, jamás tendrá que decir: «Me pregunto si me recibirá de vuelta». Él no va a desperdiciar la sangre de Su hijo. ¡Esto es la expiación de Dios!

CONCLUSIÓN

Una señora se convirtió en su avanzada edad. El predicador pensó que ella no sabía mucho. Le trajo todo un montón de comentarios y libros para que ella pudiera leer y se actualizara. Al cabo de aproximadamente un mes, estaba tan confundida como nunca. Se desanimó y decidió hacer a un lado todos esos libros y solamente leer la Biblia. El siguiente domingo le dijo a su predicador: «He estado leyendo mi Biblia toda esta semana, y en verdad que arrojé un poco de luz sobre esos comentarios». En ningún momento estoy menospreciando la teología sistemática. Pienso que necesitamos estudiar esos libros porque pueden ser beneficiosos. Sin embargo, no es esencial entender todo problema textual para saber que la expiación significa que Dios se hizo

carne en la persona de Jesús.

La expiación puede ser suya hoy. La sangre que Jesús derramó en la cruz puede ser aplicada a su alma en este momento. Arrepiéntase de sus pecados, confiese su fe en Jesús y bautícese en Él. No tiene que decir: «Me pregunto si Él me perdonará o no». Él lo hará. Es una promesa que ha hecho. Selló el pacto con la sangre de Su propio Hijo. No le va dar la espalda a Su promesa. Él le ama.

Si usted es uno de Sus hijos y ha pecado de alguna forma, puede que piense lo siguiente: «He sido tan negligente e indiferente que Dios no puede perdonarme ni incluirme como uno de Sus hijos de nuevo». Sí, Él puede. Él está dispuesto y es capaz de perdonarle, no importa lo que haya hecho, no importa dónde haya estado, no importa cuán confundido haya estado. Hay algunas verdades acerca de la religión cristiana que puede que jamás entienda; puede que algunas preguntas sigan rogando ser contestadas a lo largo de su vida. Sin embargo, jamás tendrá que preguntarse si Dios le ama o si Dios le perdonará. De esto es que trata la expiación.

(Viene de la página 35)

lo oí en una prédica». Ella tenía setenta y siete años de edad. Eso fue un miércoles. Esa noche asistió al estudio y vino al frente para ser bautizada en Cristo. Después de haber salido del agua, dijo: «¿Hermano White?». Me volví y ella dijo: «Alabado sea el Señor». Esta amable señora había encontrado lo que había estado buscando. Tenía el derecho de regocijarse.

Algo anda mal cuando los cristianos no son gente gozosa. No tenemos nada de que estar tristes. Pablo, incluso, da la impresión en 1^{era} Tesalonicenses 4 de que los cristianos no necesitan entristecerse demasiado por la muerte de otros cristianos. Dice: «... no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza». No está diciendo que no debemos entristecernos por la muerte de un ser querido, pero sí dice que no debemos entristecernos como los que no tienen esperanza. Nuestra tristeza es diferente. Es como un gozo-tristeza, ¿verdad que sí? Todo aspecto en la vida de un cristiano tiene que ser de gozo. Alabado sea el Señor que hemos sido librados del pecado, de la muerte y de la culpa. Nuestra vida tiene que ser sencillamente una aseveración de «Alabado sea el Señor». Me imagino que la vida de este hombre a partir de ese momento fue de regocijo en el Señor.

Alrededor de catorce veces en los cuatro pequeños capítulos de la carta a los Filipenses, Pablo usa las palabras «regocijaos» y «gozo». Estaba en prisión, sin embargo, dijo varias veces: «¡Regocijaos!». Tenemos algo que las demás personas no tienen. Eso tiene que producir regocijo en nuestros corazones.

CONCLUSIÓN

En Mateo 19, un joven vino a Jesús, diciendo: «¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?». Jesús dijo: «... guarda los mandamientos». «Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?», contestó éste. Jesús dijo: «... anda, vende todo lo que tiene, y dalo a los pobres...». Observe la aseveración de Mateo 19.22, donde dice: «... se fue triste, porque tenía muchas posesiones». Fue de vuelta a las riquezas del mundo, pero se fue triste. Observe el contraste entre uno que viene y encuentra al Salvador y uno que encuentra y rechaza al Salvador. Uno se va regocijándose y el otro se va lleno de tristeza. Esta es mi aplicación: ¿Cómo se irá usted? ¿Como uno que se regocija o como uno lleno de tristeza?

(Viene de la página 37)

afirma ese precio de compra que Jesús pagó.

Es debido a este remedio para el pecado que Juan pudo exclamar que los hijos de Dios no continúan en pecado. Son libres de pecado, y por medio de la cruz, tenemos entrada al Padre que vive. Observe que Juan habla de nuestro no pecar en tiempo presente, pues dice: «Todo aquel que permanece en él, no peca» (1^{era} Juan 3.6). Una vez más, dice: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (3.9). Juan no está afirmando que del todo no pecaremos; él se está refiriendo a llevar una vida de pecado. Continuaremos cometiendo errores, sin embargo, somos libres del pecado por medio de la cruz.

CONCLUSIÓN

Cuando nacemos de Dios, nos hacemos hijos de Dios. Cuando somos hijos de Dios, poseemos una fortaleza renovada: esa fortaleza nos permite escapar de las garras del pecado para siempre. Permítale al nuevo nacimiento tomar control de su vida. El nuevo nacimiento, según William Tyndale, consiste en «una transformación interna profunda y radical». Cuando somos transformados, somos conformados a la vida de Jesús, el hijo de Dios.

(Viene de la página 2)

llamado Harán, donde se asentaron. Después de la muerte de Taré, el padre de Abraham, este descendió a la tierra de promisión a la edad de setenta y cinco años, y moró en ella. Durante esta época, se separó de Lot e hizo un breve viaje a Egipto, y volvió. También durante esta época, Dios dijo que él tendría un hijo, a pesar de que él y Sara ya habían superado la edad de tener hijos.

Cierto día, Dios le dijo que mirara al cielo, para que tratara de contar las estrellas. Por supuesto que no pudo. Dios dijo: «Así será tu descendencia» (Génesis 15.5). Abraham creyó en Dios, y se le contó por justicia. Veinticinco años después de que se le hubo hecho la promesa a la edad de setenta y cinco años, cuando Abraham llegó a los cien años de edad, y la esposa de este a los noventa, nació el hijo Isaac.

El hijo de la promesa creció y se convirtió en un joven. Un día, Dios le dijo a Abraham que llevara a Isaac a un lugar que le mostraría en la tierra de Moriah, y que lo ofreciera allí en holocausto. Sin siquiera estremecerse, Abraham tomó a su hijo y estuvo dispuesto a sacrificarlo; pero Dios le detuvo y dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único» (Génesis 22.12). Y añadió Dios: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz» (Génesis 28.18).

Isaac halló esposa procedente de la tierra de Padan-aram. Se casó con su prima Rebeca. Tuvieron dos hijos, uno llamado Jacob y otro Esaú. Jacob fue el hijo de la promesa. Este se casó con Raquel y Lea, y tuvo doce hijos, cuatro los tuvo con las concubinas y ocho con las esposas. El favorito de estos era José. Los hermanos aborrecieron a José y lo vendieron y fue llevado a Egipto.

José fue entregado a Potifar. Cuando se le acusó de seducir a la esposa de este, fue echado en prisión. Estando en esta, interpretó los sueños del copero y del panadero. Dos años después interpretó el sueño de Faraón. Este había soñado que del río Nilo salieron vacas y que siete vacas flacas se las comieron. Luego, siete espigas hermosas fueron devoradas por siete espigas menudas. Por medio de esto, José anunció siete años de abundancia, seguidos de siete años de hambre. Hizo descender a toda su familia a la tierra de Egipto. Esta vino y se asentó en la tierra de Gosén. De este modo se salvaron de morir de hambre.

Los israelitas moraron en la tierra de Egipto durante cuatrocientos años o más. Allí ascendió al poder un Faraón que no conocía a José, y que

oprimió en gran manera a los hijos de Israel. Trató de desgastarlos haciendo difícil el servicio de ellos en la hechura de ladrillos para sus proyectos de construcción. Los hijos de Israel clamaron al Señor por liberación.

Un hombre de la tribu de Leví tuvo un hijo llamado Moisés. El pequeño Moisés fue puesto en un carrizal a la orilla del río Nilo, donde lo encontró la hija de Faraón. Esta incluso pagó a la madre de Moisés para que cuidara de su propio hijo.

A la edad de cuarenta años, Moisés salió de la tierra después de haber matado a un egipcio. Moisés huyó a la tierra de Horeb, la tierra de Sinaí. Allí cuidó el rebaño de su suegro Jetro, durante cuarenta años. A la edad de ochenta años, observó un arbusto que ardía. Subió para averiguar por qué no se consumía y oyó al Señor decir: «No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es [...] Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob» (Éxodo 3.5–6). Luego, dijo Dios a Moisés: «Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel [...] serviréis a Dios sobre este monte» (Éxodo 3.10, 12).

Después de mucho persuadirlo, Moisés fue. Cuando volvió a Egipto, Faraón no le hizo caso, sino que endureció aún más el trabajo del pueblo de Dios. Al final, con la ayuda de Aarón su hermano, Moisés hizo venir, con la ayuda de Dios, diez plagas sobre los egipcios: el agua que se convirtió en sangre, las ranas, los piojos, las moscas, la enfermedad que mató al ganado, el sarpullido y las úlceras, el granizo, las langostas, las tinieblas y la muerte de los primogénitos. Se mató al cordero de Pascua, y la sangre de este se puso sobre los postes y los dinteles de las puertas de sus casas. Dios dijo: «Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto» (Éxodo 12.12–13). Todos los primogénitos de la casa de Faraón y de toda la tierra de Egipto, murieron. Pero aquellos en cuya casa tenían sangre untada sobre los postes y los dinteles de las puertas, se salvaron.

Esa noche se oyó un gran clamor por todo Egipto. Todos los hijos de Israel reunieron sus materiales y viajaron en dirección este, hacia el Mar Rojo. Faraón fue tras ellos poco después. Cuando vieron que Faraón venía sobre ellos, clamaron a

Moisés, diciendo: «¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?» (Éxodo 14.11). Moisés dijo: «No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros» (Éxodo 14.13). El Señor dijo a Moisés que extendiera la vara sobre el mar. Él hizo así, y las aguas se separaron. Los hijos de Israel marcharon sobre lo seco. Faraón y su ejército vinieron tras ellos. Moisés levantó nuevamente su mano sobre las aguas, las olas volvieron, y Faraón y su ejército perecieron en el Mar Rojo. Fueron cerca de 600.000 hombres que podían salir a la guerra (que con sus familias ascendían a un total de 3.000.000) que salieron de Egipto ese día.

Ellos viajaron en dirección sur hacia el monte Sinaí. Se les agotó el agua, y Moisés hizo salir agua de la roca en Refidim. Fueron atacados por los amalecitas. Por la mano de Moisés y la ayuda del Señor, Josué los derrotó. Al final, después de tres meses de viaje, llegaron al pie del monte Sinaí.

Ellos vieron el humo que salía del monte y oyeron el trueno de Dios y vieron el relámpago. La voz de Dios les habló, diciendo:

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.

No tendrás dioses ajenos delante de mí.

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano...

Acuérdate del día de reposo para santificarlo...

Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio...

No codiciarás... (Éxodo 20.2-17)

Moisés subió al monte y se quedó allí cuarenta días, donde recibió instrucciones de Dios relacionadas con la construcción del tabernáculo y el sistema judío de adoración.

Durante esos cuarenta días, los hijos de Israel llegaron a perder la paciencia, y le pidieron a Aarón, diciendo: «Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido» (Éxodo 32.1). Aarón tomó el oro de ellos, y de este formó un becerro, y ellos adoraron el becerro de oro.

Cuando Moisés bajó del monte y vio lo que

habían hecho, quebró las tablas de piedra en que estaban escritos los Diez Mandamientos. Quemó el becerro de oro y lo molió hasta hacerlo polvo, lo esparció sobre el agua e hizo que lo bebieran.

Moisés volvió al monte y se quedó cuarenta días más. Luego bajó con las instrucciones para el tabernáculo. Estando allí, al pie del monte Sinaí, ellos construyeron el tabernáculo. Era una estructura portátil con tiendas extendidas sobre tablas. Un velo lo dividía en un lugar santo y un lugar santísimo. El arca del pacto, lo más sagrado del mobiliario, se encontraba dentro del lugar santísimo. El propiciatorio, el candelero y el altar del incienso, se encontraban dentro del lugar santo. El altar de bronce y la fuente de bronce estaban afuera. Aarón fue ordenado como sumo sacerdote. Sus cuatro hijos: Eleazar, Itamar, Nadab y Abiú, eran los sacerdotes que servían con él. Se hicieron los mantos y las vestiduras de ellos y el culto fue establecido. Del Señor descendió la nube que simbolizaba Su presencia en ese lugar.

Ellos se quedaron al pie del monte Sinaí once meses. Un día la nube se movió en dirección noreste, y el Señor dijo: «Ya han estado suficiente tiempo junto a este monte». Se les dijo que fueran hacia el norte. Así que tomaron rumbo a Cades-barnea.

Cuando iban de camino, murmuraron, y fuego del Señor devoró a algunos de ellos. Cuando codiciaron al ser enviadas las codornices, muchos de ellos murieron, y al lugar se le llamó Kibrot-hataava, esto es, «sepulcros de codicia».

Llegaron a Cades-barnea. De allí enviaron a doce espías; dos de ellos fueron Caleb y Josué. Los espías entraron a la tierra de Canaán, y volvieron trayendo una muestra del fruto. Era un racimo de uvas tan grande que fueron necesarios dos hombres para cargarlo en un palo. Ellos dijeron: «Es una tierra buena, pero es tierra que traga a sus moradores. Tienen ciudades con muros que llegan al cielo, y hay gigantes en la tierra, y somos, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecimos a ellos»; pero Caleb y Josué hicieron callar al pueblo y dijeron: «Somos más que capaces para tomarla. El Señor nos entregará la tierra». El pueblo no creyó en el informe de los dos, y dijeron: «No podemos tomarla. Designemos a un capitán y volvamos a Egipto». Debido a la incredulidad de ellos, vagaron cuarenta años en el desierto. Por cada día que estuvieron ausentes los espías, ellos tuvieron que vagar un año.

Durante esta época, Coré, Datán y Abiram se rebelaron contra Moisés y Aarón, y se abrió la tierra y se los tragó. A Moisés se le dijo que hablara a una roca e hiciera salir agua, pero él, lleno de ira,

dijo: «¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?» (Números 20.10), y la golpeó. Dios dijo: «Por cuanto no creísteis en mí [...] no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado» (Números 20.12). Por ese tiempo se enviaron serpientes ardientes entre ellos, porque se quejaron y murmuraron contra el Señor. También para ese tiempo, Balac, el hijo de Moab, hizo venir a Balaam para que pronunciara una maldición sobre Israel, porque los moabitas temían a esta horda de israelitas que ya había derrotado a Sehón y a Og, y que habían tomado posesión de la margen oriental del Río Jordán.

A la edad de 120 años, Moisés murió sobre el monte Nebo. Antes de morir, Dios le mostró toda la tierra y toda la hermosura de las laderas y de las llanuras, y luego dijo: «Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allí» (Deuteronomio 34.4). Moisés murió y fue sepultado, y Josué fue elegido para ser su sucesor.

Josué dirigió a los hijos de Israel en el paso por el río Jordán. Cuando los sacerdotes que llevaban el arca del pacto pusieron pie en las aguas del Jordán, estas se detuvieron y el pueblo marchó sobre lo seco. La primera ciudad a ser tomada fue Jericó. Los hijos de Israel marcharon alrededor de ella una vez al día los primeros seis días, y al sétimo día, marcharon siete veces, sonaron las trompetas y gritaron, y toda la ciudad fue destruida. Rahab y la familia de ella se salvaron porque ella había entablado amistad con los dos espías.

Desde el 1400 hasta el 1350 a. C. más o menos, la tierra les fue quitada a los cananeos. Durante esta época, Israel barrió por en medio de la tierra, desde Jericó al este, hasta Ai y Bet-el, lo cual dividió la tierra en dos. Derrotaron a la confederación sureña de los cananeos y luego a la confederación norteña de los cananeos. Este fue el día que Josué mandó que el sol se detuviera. Dios oyó la voz de un hombre, y el sol se paró en su curso.

Toda la tierra se repartió entre los hijos de Israel. El tabernáculo se levantó en Silo, que funcionó como centro religioso de esa época. Los levitas fueron ubicados en cuarenta y ocho ciudades diferentes, y se designaron ciudades de refugio donde pudieran huir los homicidas. Josué murió. Los hijos de Israel sirvieron a Dios todos los días de Josué y todos los días de los ancianos que sobrevivieron a Josué.

Durante un período que transcurrió desde el 1350 hasta el 1050 a. C. más o menos, se nos presenta un ciclo repetitivo: 1) Los hijos de Israel hacían lo malo ante los ojos del Señor. 2) Eran entregados en manos de sus enemigos. 3) Ellos clamaban al Señor pidiendo ayuda. 4) Dios les enviaba un libertador

conocido como juez. Y el ciclo volvía a comenzar. Volvían a pecar, se metían en problemas nuevamente, clamaban pidiendo ayuda y eran liberados otra vez.

Estos fueron los días de Otoniel, Aod y Samgar. Débora, con la ayuda de Barac, derrotó a Sísara y a los ejércitos de este (yo añadiría que también contó con la ayuda de Jael); Gedeón derrotó a los madianitas con trescientos hombres; Jefé hizo votos impulsivamente y parece que puede haber ofrecido a su hija en sacrificio; y Sansón comenzó la derrota de los filisteos. Fue durante estos tiempos que vivió Rut. Ella era de Moab y espigaba en la era de Booz, y acabó siendo la esposa de este y la bisabuela de David. Los últimos jueces fueron Elí y Samuel. Estos fueron días tenebrosos para los hijos de Israel.

El pueblo se cansó de ser gobernado por jueces y dijo: «... constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones» (1 Samuel 8.5). Entonces Dios dijo a Samuel: «Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos» (1 Samuel 8.7). Así fue como el primer rey de ellos, Saúl, de la tierra de Benjamín, fue ungido rey sobre la tierra de Israel; y el período de los jueces terminó.

Desde cerca del 1050 al 930 a. C., se nos presenta el período conocido como el Reino Unido. Saúl reinó cuarenta años. Él desobedeció al Señor al no destruir a los amalecitas de la forma que debía haberlo hecho. Samuel le dijo: «Jehová te ha desechado para que no seas rey» (1 Samuel 15.26). Dios había escogido para Él un nuevo rey, un varón conforme a Su corazón. Samuel fue enviado a la casa de Isaí, en Belén, y allí ungió a David para que fuera el siguiente rey.

David reinó primero en Hebrón y luego se mudó a Jerusalén. Su capital llegó a ser Jerusalén cuando fue tomada de los jebusitas. El arca del pacto fue llevada allí, y Jerusalén se convirtió no solo en el centro político, sino también en el centro religioso del país. David quiso construir un templo para el Señor, pero el Señor dijo: «No. Eres hombre que ha derramado sangre. No puedes hacerlo tú. Tú no me harás casa. Yo te haré casa. Un día de estos, cuando duermas, levantaré a tu hijo que me edificará casa» (vea 2 Samuel 7.8–13). Esta fue una profecía de Salomón, no me cabe duda; pero hay más que esto en ella. Fue una profecía en el sentido de que el Mesías vendría a través de David (vea Hebreos 1.5).

David no era perfecto. Él cometió un grave pecado en el asunto con Betsabé, al matar a Urías y tomarla como su propia esposa, y su familia pagó por sus pecados. Natán mismo dio a David

el mensaje de Dios, diciendo: «Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste...» (2 Samuel 12.10). Así llegó a suceder que Amnón, su hijo, violó a su propia hermana. Otro hijo, Absalón, hizo que mataran a Amnón. Luego Absalón se rebeló contra su padre, y habría tomado la vida de este, si hubiera podido hacerlo. Su rebelión fue sofocada. Casi al final de la vida de David, Adonías decidió que él sería el rey, y su rebelión fue sofocada. Salomón fue proclamado al final como rey.

Salomón reinó desde el 970 al 930 a. C. más o menos. Fue el último de los tres reyes del Reino Unido, que fueron Saúl, David y Salomón. Con la ayuda de Hiram, rey de Tiro, en la tierra de Fenicia, Salomón edificó el templo del Señor. Fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. A Salomón se le preguntó en un sueño, qué desearía tener, y de todas las cosas que pudo haber elegido, eligió la sabiduría. Llegó a ser el más sabio de todos, y sus proverbios y cantares fueron legendarios.

Durante el tiempo de David y Salomón, se escribieron la mayoría de los salmos y se recopilaron los proverbios. Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, y probablemente, hasta Job, fueron escritos para este tiempo, aunque es probable que Job viviera incluso antes del tiempo de Abraham. La sabiduría y la literatura poética ocuparon un lugar muy, pero muy prominente, para esta época.

Salomón cometió un gran pecado al casarse con las mujeres de las naciones de alrededor, lo cual Dios había prohibido. Ir en pos de los dioses de estas mujeres extranjeras llevó a la división del reino. Cuando Salomón murió, a su hijo Roboam se le pidió disminuir la carga de servidumbre que les había impuesto su padre. Salomón había llevado al país prácticamente a la bancarrota para tener el esplendor del cual disfrutaba; pero Roboam siguió el consejo de los jóvenes que le dijeron que dijera: «El menor de los dedos míos es más grueso que los lomos de mi padre. Ahora, pues, mi padre os cargó de pesado yugo, mas yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones» (1 Reyes 12.11). Por lo tanto, el reino se dividió.

Diez tribus se fueron al norte y formaron el reino de Israel, o de Efraín, como se le llamaba. Más adelante se le llamó Samaria. Constituyeron a Jeroboam como rey de ellos. Roboam, el hijo de Salomón, se quedó con solo dos tribus: Judá y Benjamín. Muchos de los levitas se trasladaron al sur. No hubo reyes buenos en el norte. A Jeroboam se le conoce siempre como el que hizo pecar a Israel. Cuando él murió, su hijo Nadab lo sucedió, y luego

este fue muerto. Toda la familia de Jeroboam fue muerta por un hombre llamado Baasa. Este fue sucedido por su hijo Ela. Toda la familia de él fue muerta por Zimri. Este duró solo siete días como rey y luego fue muerto por Omri, que trasladó la capital del norte, a Samaria. Omri fue el padre de Acab, que tomó a Jezabel por esposa.

Durante estos días, Elías habló contra Acab y lo censuró por sus pecados. La confrontación sobre el monte Carmelo ocurrió cuando descendió fuego del cielo y quemó el sacrificio de Jehová. Acab fue sucedido por Ocozías y luego por Joram. Luego Jehú vino y destruyó toda la dinastía de Acab. Jehú fue sucedido por Joacaz, Joás y Jeroboam II.

En los días de Jeroboam II, se levantaron dos grandes profetas en la tierra de Israel, al norte: Amós, el profeta de la justicia de Dios, y Oseas, el profeta del amor de Dios. Después de Jeroboam II, hubo un pronunciado deterioro. Zacarías y la totalidad de la familia de Jehú fueron destruidos; Salum fue muerto; Manahem pagó un alto tributo a Asiria tan solo para mantenerse vivo; Pekaía fue muerto, como lo fue Oseas. En el 722 a. C., los asirios destruyeron el reino del norte y se llevaron el pueblo al exilio. El reino del norte como tal, dejó de existir.

Mientras tanto, al sur, Roboam fue un gobernante malvado. Fue sucedido por Abías, que fue un rey malvado. Este fue sucedido por Asa, que fue un rey bueno, y luego por Josafat, que también fue un rey bueno, y por extrañeza que parezca, fue amigo de Acab. Los hijos de estos se casaron entre sí. ¿Se lo imagina usted? Fue sucedido por Joram, luego por Ocozías, que también fue muerto por Jehú. (Jehú mató a los dos, al rey del sur y al rey del norte.)

Luego vino un reinado de terror. La hija de Jezabel, Atalía, la madre de Ocozías, usurpó el trono en el sur durante seis años. Joás fue puesto en el trono a la edad madura de siete años; era el único que quedaba del linaje de David. Luego el pequeño Joás fue sucedido por Amasías. Este fue sucedido por Azarías, conocido como Uzías. Fue el rey que quemó incienso en el templo y fue herido con lepra. En el año que el rey Uzías murió, Isaías vio su visión y clamó, diciendo: «Heme aquí, envíame a mí» (Isaías 6.8). Fue sucedido por Jotam, Acáz y Ezequías. El profeta Miqueas profetizó en los días de estos reyes.

En el 722 a. C., los asirios ya habían tomado el reino del norte. De modo que en el 701 a. C., bajo Senaquerib, ellos decidieron tomar el reino del sur, y lo hubieran logrado, si Dios no hubiera intervenido. Ellos pidieron a Ezequías que se rindiera, e Isaías vino a este con mensaje de Dios, diciendo: «Dios te salvará» (vea Isaías 37.21-35). Ezequías tomó

la carta en que le pedían rendirse, al templo, y la extendió delante del Señor, como si dijera: «Dios, depende de Ti. No hay nada que yo pueda hacer respecto de ella». Una noche, el ángel del Señor mató a 185.000 de los asirios; y cuando el pueblo se levantó al día siguiente, había hombres muertos por todos los alrededores. Los asirios salieron y jamás volvieron a amenazar al reino del sur. A Ezequías se le concedieron quince años más de vida, porque se lo pidió a Dios.

Después de Ezequías, uno de los mejores reyes, vino su hijo Manases, uno de los peores reyes. Fue el que más tiempo reinó y fue, sin duda, el más malvado de todos los reyes del sur. Reinó durante cincuenta y seis años.

Fue sucedido por Amón, y este fue sucedido por Josías, otro rey bueno. Fue bajo el reinado de este que se reparó el templo. Fue para este tiempo que se encontró el libro de la ley. Creemos que se trataba del libro de Deuteronomio. Josías dio comienzo a una gran reforma cerca del 621 a. C., a la cual se le llama la Reforma Deuteronomica. Fue muerto por Faraón Neco en el 609 a. C., cuando salió a atacar al ejército egipcio. Fue sucedido por una serie de reyes débiles, que fueron mayormente vasallos, primero, de Egipto y luego, de Babilonia: Joacaz, que duró tres meses; Joacim, que duró once años; Joaquín, que duró tres meses y Zedequías, que duró once años. En el 586 a. C., el reino llegó a su fin.

En el 606 a. C., Nabucodonosor había venido por primera vez y se había llevado a Daniel, a Sadrac, a Mesac y a Abed-nego, y a otros jóvenes selectos a Babilonia. En el 597 a. C., vino nuevamente y se llevó a Ezequiel, a Joaquín y a muchas otras personas destacadas. En el 586 a. C., se derribó el muro después de un sitio de dieciocho meses. El templo fue incendiado, la ciudad fue quemada y el pueblo fue llevado a un exilio que duró setenta años.

Estos fueron los días de Sofonías, quien anunció que el día del Señor sería un día de juicio sobre la tierra.

Estos fueron los días de Jeremías, quien fue llamado en los días de Josías, en el 627 a. C., y que predicó hasta cerca del 580 a. C., diciendo al pueblo que era inútil oponer resistencia, que Dios había decretado el ocaso del reino. Se le llamó el profeta llorón, y tuvo muchas razones por las cuales llorar.

Estos fueron los días de Ezequiel. Este fue llevado en el 597 a. C. a Babilonia a predicar a los exiliados que estaban junto al río Quebar. Les dijo que Jerusalén sería destruida, y luego les dio esperanzas de que un día Dios les bendeciría.

Estos fueron los días de Habacuc, cuando los

judíos preguntaban: «Señor, ¿por qué permites que los inicuos babilonios nos invadan? Sé que somos malos, pero no somos tan malos como ellos» (vea Habacuc 1.1-4). La respuesta que dio Dios fue esta: «Confíen en Mí, y Yo cuidaré del mundo. Ustedes cuiden de Habacuc. El justo vivirá por medio de ser fiel a Mí» (vea Habacuc 1.5-3.19).

Estos fueron los días de Nahum, quien se regocijó por la caída de Nínive en el 612 a. C. La capital de Asiria había caído, y toda la tierra se regocijó, pero el regocijo no duró mucho, porque fue sucedido pronto por el azote de Babilonia. Estos fueron los días del exilio.

El imperio de Babilonia cayó en el 539 a. C. Ciro el rey de Persia, tomó Babilonia. Una de los primeros actos de gobierno que realizó, fue permitirles a los cautivos volver a casa. Los que habían sido sacados de su tierra, debían ir a casa y morar en sus ciudades y edificar templos, y dijo: «Oren por mí». Los hijos de Israel tomaron el camino a casa entre el 538 y el 537 a. C. más o menos.

En el 536 a. C., llegaron a la tierra de Palestina, dirigidos por Zorobabel. La tierra había sido tomada por una raza mestiza de gente. Eran los samaritanos, que causaron muchos problemas a los judíos, pero los hijos de Israel pusieron los cimientos del templo. Luego hubo oposición nuevamente, pero bajo las prédicas de Hageo y de Zacarías, fueron estimulados a seguir adelante y avanzar en la edificación del templo, y así hicieron. En el 516 a. C., exactamente setenta años después que fue destruido, el templo fue reedificado.

Poco tiempo después, apareció Esdras. Bajo su liderazgo, con una compañía de sacerdotes que él trajo, se restableció el culto. Luego, en el 444 a. C., Nehemías volvió, y bajo su liderazgo, se edificaron los muros alrededor de la ciudad.

Ester vivió poco después de esa fecha. El rey Asuero había depuesto a Vasti de su condición de reina, y Ester llegó a ser su reina. Ella fue la que salvó a su pueblo, por la intervención de Mardoqueo, de la malvada conspiración de Amán. Los judíos todavía celebran una fiesta para conmemorar este evento: la fiesta de Purim.

El Antiguo Testamento termina con el libro de Malaquías. El templo ha sido reconstruido. El culto se ha restablecido. El pueblo vive de nuevo su rutina, y esta ya está llegando a ser normal. Cerca del 400 a. C., el profeta Malaquías advirtió que ellos no habían de tomar a Dios a la ligera. Terminó con una promesa: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia y en sus alas traerá salvación [...] He aquí, yo os envío el profeta Elías [...] El hará volver el corazón de los padres hacia los

hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres...» (Malaquías 4.2-6). Y el Antiguo Testamento termina con la nota anterior.

El Antiguo Testamento no es un libro completo, porque la historia no terminó con el libro de Malaquías. Muchas profecías se dieron para mostrar que venía algo mejor. Se le dijo a Abraham, se le dijo a Isaac y se le dijo a Jacob, que por su simiente serían benditas todas las naciones. A la tribu de Judá se le dijo que el cetro nunca se apartaría de ella. El Hijo del Hombre, el Hijo de Dios vendría a través de ellos. A David se le dijo que Dios lo haría una gran familia. Los grandes profetas fueron aún más explícitos al describir el tema de la redención de Dios que se cumpliría algún día; pero el Antiguo

Testamento termina, y ese día no había llegado.

Usted y yo conocemos el final de esta historia. Usted y yo conocemos el significado de todo el culto y de todos los sacrificios de los tiempos antiguotestamentarios, porque sabemos que apunta al sacrificio de Cristo. Usted y yo sabemos que el reino que se anunció es el reino del Señor, la iglesia del Señor; y que el mensaje se cumple en Jesucristo.

Tanto el Antiguo, como el Nuevo Testamento, constituyen una historia de un Dios que actuó, de un Dios que planeó y de un Dios que tomó interés en las vidas de los hombres y de las mujeres, y que intervino en las vidas y los destinos de estos para cumplir Su voluntad en medio de ellos. Ese es el Dios que usted y yo servimos hoy.

El pecado

«Desde que el diablo indujo a Eva a probar el fruto prohibido, instigando así el primer paso hacia la apostasía de toda la especie humana, él ha seguido usando el método del paso a paso para producir una ruptura entre el hombre y su Dios. Debemos conocer algo acerca de este método si hemos de “estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Efesios 6.11).

El método paso a paso es uno de los artificios más engañosos y devastadores que emplea por Satanás. Este hace todos los esfuerzos a su alcance para hacernos dar el primer paso. Después que el primer paso ha sido dado, el segundo no parece tan difícil. Desde la perspectiva del paso número dos, el tercer paso no es tan repugnante

en apariencia. Y así continúa, paso a paso, en una implacable sucesión hasta que da como resultado un recorrido trágicamente largo. Nadie da un salto de gran altura de forma súbita en la oscura noche de la apostasía total. Si una persona o un grupo llegan al momento en el que “es imposible que [...] sean otra vez renovados para arrepentimiento”, esta deplorable condición es el resultado del método paso a paso de Satanás».

Avon Malone

“The Devil Goes a Long Way...

But He Takes Short Steps”

(«El diablo hace un largo recorrido... pero da pasos cortos»)

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

Autor : Gene Cloer

© Copyright, 2009 por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados